

**CAFETALES DE ESCRITORIO: LAS
INTERPRETACIONES ACADEMICAS
SOBRE LA SOCIEDAD DEL CAFE
EN PUERTO RICO**

Mabel M. Rodríguez Centeno

MABEL M. RODRIGUEZ CENTENO (M.A.), realiza estudios doctorales en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Es autora de "Atrapados en la depresión: los caficultores puertorriqueños ante la coyuntura crítica de 1928-1939". Tesis de maestría, Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico, 1991.

El café, como objeto de investigación histórica o de inspiración literaria, ha ocupado un lugar de singular importancia en la producción intelectual puertorriqueña del siglo XX. En torno a él han girado discusiones sobre problemas tan esenciales como nuestra identidad nacional, nuestra condición política o el papel que desempeñó en el desarrollo histórico del país.

La publicación de *La charca*, de Manuel Zeno Gandía, en 1894, consagró el cafetal como escenario en la literatura puertorriqueña. Esta novela marcó el inicio de una corriente de denuncia de las condiciones de vida de la gente ligada al mundo del café. Sin embargo, las transformaciones políticas, económicas y sociales que acompañaron al nuevo siglo, pusieron de manifiesto la necesidad de reafirmar nuestra nacionalidad. De ahí surgió la identificación del jíbaro como símbolo de la puertorriqueñidad y el nacimiento de interpretaciones del mundo rural, en las que la denuncia coexiste con la nostalgia y la idealización. Tal conceptualización sentó las bases al Partido Popular para institucionalizar una recreación mítica de la vida en los campos del país en la que el cafetal ocupa un lugar de importancia. La amplia y efectiva difusión del discurso oficial a partir del 40 permitió el arraigo de esta mistificación. Al cuajar la "nueva historia" en la década del 70, caracterizada entre otras cosas por su empeño desmistificador, los problemas de la industria cafetalera pasaron a ocupar un lugar prominente en su agenda.

Reconociendo la importancia y trascendencia que han tenido estas visiones, me propongo en este ensayo analizar las diversas formas en que se ha recreado el mundo del cafetal. Mas, dado a que detrás de cada visión hay un proyecto subyacente, éstos servirán de hilo conductor a la discusión.

El cafetal decimonónico visto desde su tiempo

...eran hacenduelas de míseros propietarios que merodeaban descalzos por los montes, contratándose para trabajar en las grandes fincas, rindiéndose tributarios de la tienda de Andújar...y para los cuales el tiempo pasaba sin que tuvieran ni recursos, ni ánimo, ni voluntad para mejorar los propios terrenos...

Manuel Zeno Gandía

Sin duda, la sociedad cafetalera que recreó Manuel Zeno Gandía en *La charca*, dista mucho de ser idílica. Más bien se podría calificar como profundamente injusta. El contraste del "opulento" cafetal de Galante y la avaricia sin límites de Andújar, el comerciante, con la miseria de la gran mayoría de la población trabajadora, aparece en la novela como el ejemplo más claro del costo social de la "época dorada" del café en este país.¹ En la narración se destaca la "podredumbre social, moral y humana" en la cual estaban empantanados los jíbaros durante los últimos lustros de la centuria pasada, justo cuando el café boricua lograba elevar su producción a niveles nunca antes alcanzados, incentivado por precios extraordinariamente buenos.²

¹ Manuel Zeno Gandía, *La charca*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975, p. 4.

² Para una explicación detallada de la bonanza económica de la industria durante aquellos años puede consultarse a Laird W. Bergad, *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth-Century Puerto Rico*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1983, pp. 145-193.



Tren de mulas con carga de café, 1899. Biblioteca del Congreso. Stereograph Collection, núm. A14426. Reproducción en el Centro de Investigaciones Históricas (CIH).

La charca se inserta dentro del naturalismo como corriente literaria. De ahí la crudeza que caracteriza la exposición del argumento. Sin embargo, Zeno no tuvo ningún reparo en describir la realidad del cafetal desde una perspectiva naturalista, porque para él ésto no representaba un atentado contra la esencia de lo nuestro. Todo lo contrario, para los intelectuales decimonónicos positivistas, progresistas y liberales, era prioritario demostrar que la sociedad puertorriqueña estaba "enferma". El jíbaro no fue para ellos símbolo de nuestra identidad nacional, ya que para Tapia, Alonso, Hostos, Brau y Zeno Gandía, entre otros, la cuestión de la nacionalidad no constituía un problema en sí mismo, sino un proyecto futuro. Ellos estaban más interesados en analizar la sociedad puertorriqueña que en definir una identidad nacional que, en palabras de José Luis González, "...veían prefigurada en ellos mismos, en la pequeña minoría ilustrada..."³

Con el nuevo siglo el "rescate de lo nuestro"

La identificación del jíbaro con la puertorriqueñidad aparece con el cambio de siglo y de metrópoli. El jíbaro y la tierra se convierten en símbolo de lo puertorriqueño como una respuesta a las transformaciones económicas, políticas y culturales que desató el cambio de soberanía; como una actitud defensiva dirigida a conservar la prominencia criolla frente al nuevo imperio que a claras luces beneficiaba los intereses extranjeros frente a los locales.⁴ De este modo podemos entender la producción literaria de José de Diego, Lloréns Torres, Matienzo Cintrón, Méndez Ballester y otros, donde se exaltan los valores hispánicos y la tierra como fundamentos ideológicos.⁵

³ Para una discusión detallada sobre este particular véase: José Luis González, "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico", en *El país de los cuatro pisos y otros ensayos*. 6ta ed., Río Piedras, Ediciones Huracán, 1987, pp. 74-80.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

En la medida en que avanzaba la centuria y se consolidaba el poder económico en manos de los inversionistas norteamericanos, maduraba el proyecto oficial metropolitano de asimilación cultural desde la enseñanza pública mientras la situación del país se hacía cada vez más difícil. Ante esa realidad, el criollismo, como corriente literaria, fue tomando cada vez más importancia y radicalizándose. Ya para finales de la década del 20 y el decenio posterior el criollismo había dejado a un lado el romanticismo y el paisajismo, caracterizándose por la denuncia de las condiciones económico-sociales y políticas por las que atravesaba el campesino.⁶ Por otra parte, se puede observar que frente al dominio de la sacarocracia ausentista en el litoral, las posiciones anti-azucareras, anti-ausentistas, anti-americanas y separatistas fueron tomando fuerza. De modo que el "regreso a la montaña" fue la consigna de varios sectores políticos en la isla, para dar forma a la protesta contra el dominio económico y político extranjero.

En este punto, me parece especialmente representativo el poema *Regresemos a la montaña*, escrito por Juan Antonio Corretjer en el año 1929 y dedicado a Luis Muñoz Marín. En él, Corretjer planteó el rescate de los valores culturales de la montaña, repudió la fuga de capital en manos de norteamericanos e hizo énfasis en la necesidad de regresar a la montaña.

[...] El campo se nos va de las manos
entre el aplauso burgués
de los Yanquis,
cuerpos de sapo y cabellera,
guajana de nuestra caña.

...

Humo de tabaco,
ingeniero arquitecto
de tantas obras de Wall Street,
venta en nuestras almas

⁶ Ramón Felipe Medina, *Juan Antonio Corretjer, poeta nacional puertorriqueño. Cuarenta años de poesía (1929-1967)*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1984, p. 54.

prendidas al son de tiple
y a la tristeza rusa de la copla,
partitura la mejor al dolor y al sacrificio.

...

Y regresemos a la montaña,
urna de nobles promesas,
factoría de espíritus fuertes,
donde se hace la patria
con viandas y leche de vaca.⁷

La misma línea sigue Enrique Laguerre en *La llamarada* (publicada en 1935), en la cual encontramos una crítica a las condiciones de vida y de trabajo de los miles de puertorriqueños dependientes de la industria azucarera, ya dominada por el capital ausentista norteamericano para la década del 30.⁸ En ella se retrata la miseria, la injusticia y la conflictiva vida del cañaveral en medio de la Depresión, para presentar el retorno al cafetal, a la montaña, como solución a la situación por la que atravesaba la costa.

Tanto en el poema de Corretjer como en la novela de Laguerre, ese retorno es más bien simbólico. El mensaje se reduce a la búsqueda de nuestros valores culturales, de nuestra identidad como pueblo. En ambos, se deja entrever cierto grado de añoranza e idealización de la vida campesina. Sin embargo, esa añoranza lejos de ser por la ruralía de su tiempo se refiere más a la montaña de las postrimerías de la centuria anterior.

Corretjer, por ejemplo, conocía de cerca la pobreza, las duras condiciones de vida y de trabajo del obrero de las alturas, así como los conflictos de clase que allí se vivían. En su cuento *El cumplido*, publicado en 1937, este autor retrató las desigualdades de clase:

Pablo [agregado de una finca de café], sentado en la meseta, piensa. Sus hijos se han dormido. En la hamaca

⁷ Juan Antonio Corretjer, "Regresemos a la montaña" (1929), en *Índice Mensuario de Historia, Literatura y Ciencia*. Edición facsimilar, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1979, p. 75.

⁸ Enrique Laguerre, *La llamarada*. Aguadilla, Tipografía Ruiz, 1935.

de saco, con los ojos cerrados, la chiquitina respira serena, como un ángel (un ángel sucio y mal vestido, un poco flaco y otro poco hambriento). En el halo incierto de la lámpara mal alimentada, su mujer remienda. Las facciones huesudas se le recortan, se pronuncian, como sacadas en madera...más allá del pequeño valle donde va a morir...las luces de la casona patriarcal de la hacienda brillan ante sus ojos. La casona es larga y ancha...en la iluminada sala espaciosa, sentado en un butacón inmenso, de brazos faraónicos y blandos cojines, el amo extranjero fuma...⁹

Además puntualizó en la realidad del desplazamiento y de la movilidad social descendente:

...El buen hombre rememora su vida...No fue pobre siempre, pobre de miseria. Cuando la existencia entró a crecerle por pulgadas, la suya fue casa sencilla y grandota, franjada de gruesas vigas, ancha de sala y abundosa de mesa...

¡Suya! El posesivo parece ahora borrado del vernáculo de la montaña...¹⁰

En el número diez de la revista *Índice*, del 13 de enero de 1930, dedicado totalmente al campesino puertorriqueño, también se pueden percibir las ideas de aquella generación sobre la situación de la ruralía durante los años 30. Desde el editorial se introduce el tono de denuncia que caracterizó todos los artículos:

...Tierra adentro, en las llanuras y sierras patrias, cobra nuestro drama social intensidades insospechadas...

El jíbaro -ese personaje semi-folklórico que aúpa su leyenda pintoresca en nuestra tradición rural- no es el bienaventurado del romántico ni tiene su vida la

⁹ Juan Antonio Corretjer, "El cumplido", en Ramón Felipe Medina, *El cumplido (narraciones arbitrarias)*. Río Piedras, Editorial Antillana, 1979, p. 37.

¹⁰ *Ibid.*

dulcedumbre paradisiaca que glosan cuantos escriben sin conocer la tragedia del bohío.

Nuestra población campesina -1,069,679 almas- es víctima inconsciente del sistema de explotación agrícola-industrial que prevalece en el país...¹¹

Notemos que se trata de una definición de jíbaro mucho más amplia que la que podemos encontrar en escritos anteriores e incluso posteriores. Para el editorialista de *Indice*, así como para algunos de los que participaron en la publicación, el término, que en otras ocasiones había sido aplicado, casi exclusivamente, a los cultivadores de la altura boricua, también incluye a los obreros agrícolas empleados en el sector azucarero. Lo que les permite ser, por un lado, aún más críticos, y por el otro, abarcadores a la hora de hablar del "paradigma de la puertorriqueñidad".

Esto es importante porque se ha generalizado la idea de que la generación del 30 identificó como jíbaro al agricultor de la montaña. Sin embargo, se puede observar en los textos que un jíbaro es para ellos todo puertorriqueño que de una u otra manera derive su sustento de la agricultura. De modo que tanto los obreros agrícolas del sector cañero, tabacalero o cafetalero, así como todos los cultivadores de la tierra eran igualmente jíbaros, no importa que fuera en la montaña o en el llano.

El número incluye artículos sobre los problemas de la salud pública, la educación, los salarios, la jornada de trabajo, la vivienda y otros asuntos de importancia prioritaria y apremiante en los campos del país, en su propósito de denunciar la miseria y las injusticias sociales que tenían su escenario en los campos. El tono dramático que lo caracterizó se ejemplifica especialmente en el cuento de Antonio Oliver Frau, *Simiente roja*, y en el poema de Virgilio Dávila, *La jibarita*.

Antonio S. Pedreira, quien fue miembro de la junta editora de la revista, también cifró sus esperanzas de redención nacional en la montaña. Por lo que además participó activamente en la denuncia de la miseria en que vivía el jíbaro

¹¹ "Aterrizajes, tierra adentro", en *Indice...*, p. 145.

de la costa, identificando su causa en la explotación de las compañías azucareras.¹²

Tomás Blanco, por su parte, hizo explícita su posición en un ensayo publicado en la revista de la *Universidad de la Habana*, en 1938. En su discusión del desarrollo histórico de la economía en Puerto Rico, señaló que:

La ocupación norteamericana impuso a la isla una revolución económica desde el poder... Se abolió, indirectamente, la diversidad de nuestros mercados de compra y venta. Poderosas compañías anónimas financiadas por capital forastero sentaron sus reales en nuestra tierra. Nuestro principal producto, el café, se arruinó casi por completo. En cambio el cultivo de la caña, dominado por compañías forasteras, se extendió hasta tierras muy poco adecuadas para ello.¹³

Blanco, también opinó que la raíz del problema estuvo en el cambio de dominación política y sus consecuencias económicas. Para él la ocupación norteamericana frustró "...la formación y desarrollo de un pueblo con caracteres bien definidos y con una economía regional lo suficientemente independizada de la metrópoli para buscar orientaciones propias, de acuerdo a las condiciones locales..." que gozaba en la centuria anterior.¹⁴

Este autor entendía además que los beneficios que derivaba el capital extranjero de la industria azucarera eran desproporcionados con relación a la pobreza de la mayoría de la población en la isla, y describía la situación de los cultivadores de café como una "casi insostenible, francamente trágica", aclarando que el diez por ciento de la población dependía de este último producto. Aducía que el grano boricua carecía de protección arancelaria en los Estados Unidos, y que el país

¹² Jorge Rodríguez Beruff, "Antonio S. Pedreira, la universidad y el proyecto populista", *Revista de Estudios Hispánicos*, año XIII, 1986, pp. 84-85.

¹³ Tomás Blanco, "Apuntes sobre economía puertorriqueña", *Universidad de La Habana*, núm. 16, enero a febrero de 1938, pp. 40-41.

¹⁴ *Ibid.*, p. 41.

tampoco contaba con autoridad internacional para establecer convenios de reciprocidad comercial.¹⁵

Por otro lado, Tomás Blanco también participó de las ideas de la generación del 30 cuando dejó escapar nostalgia por el siglo pasado. Para este autor, el siglo XIX fue la centuria en la que el país, "al amparo del liberalismo", ensayó reformas en su vida económica que provocaron un ritmo armónico entre "el progreso mercantil y el relativo bienestar insular" que "quedaron rotos al implantarse en Puerto Rico la dominación estadounidense."¹⁶

Si bien la literatura fue el vehículo más importante en la transmisión de las ideas de la generación del 30, no fue el único. Ejemplo de ello es la primera historia del café en Puerto Rico, publicada en 1935 por Jorge Saldaña. Esta obra, aunque es más una historia de la producción del grano que de la gente involucrada en el proceso, comparte las premisas fundamentales de la línea de pensamiento que hemos visto hasta el momento.¹⁷ Saldaña también coincide con la exaltación del siglo anterior cuando, por ejemplo, hace referencia a la manera en que el gobierno español respondía a los caficultores en caso de huracanes:

Nada más hermoso, nada más grande que la caridad y protección dada rápida y oportunamente y ésta la había cuando la Isla sufría una gran calamidad como lo fueron el temporal de San Narciso el 29 de octubre de 1867 y el temporal de San Felipe el 13 de septiembre de 1876.

El Gobierno rápidamente tomaba medidas y suprimía las contribuciones a toda persona perjudicada.

No existía el vergonzoso y degradante "mantengo", la caridad bien organizada y la protección rápida hacía que los sufrimientos fueran de muy corto tiempo,

¹⁵ *Ibid.*, pp. 45, 47-48.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 39-40.

¹⁷ Jorge Saldaña, *El café en Puerto Rico. Historia del café en la isla desde su introducción hasta nuestros días, y medidas para su rehabilitación*. San Juan, Tipografía Real Hermanos, Inc., 1935.

solamente en donde había pérdida de seres queridos persistía la tristeza.¹⁸

Así como cuando se refiere a cómo se vivía en el cafetal en el siglo XIX:

El estanciero o agricultor de café...Vivía generalmente en su finca, en una casa que por lo regular tenía dos pisos, la parte alta ocupada para vivienda, la baja para almacén de frutos de la finca, donde había casi siempre un gran cajón con arroz del país, latas llenas de maíz, yuntas de maíz colgando de sogas de emajaguas, pilas de batatas, ñame, yautías, racimos de plátanos y otros frutos.

Al llegar cualquier persona a casa de un agricultor significaba ser muy bien recibida y mejor atendida...dada su manera de ser, modelo de hospitalidad reconocida, caballerosidad, liberalidad, laboriosidad y honradez, encontrando en cada uno de ellos un verdadero patriota. Esta manera de ser por parte de los dueños de la finca hacía que se reflejase en los agregados.¹⁹

Sin embargo, al discutir la difícil situación del caficultor en la década del 30, critica la gestión gubernamental, estatal y federal señalando la ausencia de una verdadera protección del gobierno y el excesivo cobro de contribuciones.²⁰ En fin, Jorge Saldaña también se inserta en la corriente de pensamiento en boga: crítica con el presente e idílica con el pasado español.

A estas alturas nadie cuestiona la idealización del mundo rural de la centuria anterior por parte de los escritores puertorriqueños de los primeros tres lustros de este siglo. Sin embargo, la evidencia presentada en las páginas anteriores demuestra que las recreaciones académicas de la sociedad cafetalera, desde finales del siglo XIX hasta la década del 1930, también se caracterizaron por la denuncia. En el caso de Zeno, la

¹⁸ *Ibid.*, pp. 10-11.

¹⁹ *Ibid.*, p. 14.

²⁰ *Ibid.*, p. 26.

denuncia del estancamiento en que se vivía en la montaña; a la manera de José de Diego, Lloréns Torres y los otros, el llamar la atención sobre la necesidad de querer, apreciar y valorar lo "nuestro"; y, para la generación del 30, los señalamientos sobre la crisis contemporánea que vivía la isla. En esta generación se hace evidente la contraposición entre la denuncia y la nostálgica añoranza del pasado decimonónico donde los criollos gozaban de posiciones de poder más sólidas en el plano cultural, social, político y económico.

No obstante lo expuesto, vale recalcar que la denuncia de Zeno es sobre su propia época, que es la que autores posteriores mistifican. En este sentido la denuncia real es la del primero. Pedreira y Blanco, en contraste, denuncian la situación general de los críticos años 30, que incluye la crisis de la montaña. Desde el azaroso panorama de su momento miran con nostalgia la "época dorada" del cafetal decimonónico.

Patria y café: el discurso oficial

*¡Yo soy el cafetal que ayer fue todo!
¡Yo soy el cafetal que era la patria!*

Juan Avilés

En el decenio posterior, con el ascenso al poder de uno de los sectores políticos que postulaban el nacionalismo cultural, algunas de las conceptualizaciones anteriores fueron institucionalizadas. El Partido Popular Democrático a través de la instrucción pública y del Instituto de Cultura Puertorriqueña oficializó al jíbaro como paradigma de la puertorriqueñidad y a la montaña como el paisaje nacional por excelencia.

Sin embargo, aunque "la vida jíbara oficial" tomó mucho de la recreada por la generación del 30, la denuncia desapareció gradualmente. De manera que poco a poco, conforme avanzaba el proyecto populista, el jibarismo institucionalizado por el PPD resultó en uno prácticamente idílico, exento de conflictos. El propósito del partido fue tratar de proveerle al pueblo un pasado propio, común, y armonioso, con el que se pudiera identificar la gran mayoría de los puertorriqueños.

A pesar de que en el discurso de Muñoz el vocablo jíbaro es un término abarcador que incluye a la gran mayoría de los puertorriqueños,²¹ en la retórica oficial la sociedad jíbara del cafetal resultaba ideal para ilustrar el pasado deseado. El café fue el único de los principales productos agrícolas puertorriqueños que no fue efectivamente dominado por los norteamericanos, lo que garantizaba su puertorriqueñidad. Además, en la zona cafetalera no se dieron con la misma intensidad y trascendencia, los movimientos sociales y políticos de protesta que tuvieron como escenario las costas del país en la década anterior, lo que garantizaba su "armoniosidad".

Dos obras representativas de todo esto son la novela *Solar Montoya*, de Enrique Laguerre, y una publicación antológica sobre el café auspiciada por el Instituto de Cultura, que lleva como título *El tema del café en la literatura puertorriqueña*.²² La novela de Laguerre (publicada en 1941) es una de las mejores expresiones de la idealización y mistificación del jíbaro y la montaña. Si bien es cierto que trata los problemas por los que atravesaron los caficultores a partir de 1898, la exaltación que hace de la altura y de sus habitantes a finales de la centuria anterior se opone a las descripciones de Zeno Gandía en *La charca*.

El cafetal de Zeno es una "crónica de un mundo enfermo" y sus personajes viven en un "estancamiento acuoso" que engendra "podredumbre social, moral y humana".²³ Los problemas recolectados en los cafetales de *Solar Montoya* tienen sus raíces en la crisis por la que atravesó la caficultura puertorriqueña en los primeros años de este siglo, especialmente en la década del 30. La tragedia del campesino

²¹ Por ejemplo, la utilización del término jíbaro por Muñoz se puede observar en: Luis Muñoz Marín, *Historia del Partido Popular Democrático*. San Juan, Editorial El Batey, 1984.

²² Enrique Laguerre, *Solar Montoya*. 3ra ed., Río Piedras, Editorial Cultural, Inc., 1978; Ricardo Alegría (comp.), *El tema del café en la literatura puertorriqueña*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1965.

²³ Francisco Manrique Cabrera, "La charca", en Manuel Zeno Gandía, *op.cit.*, p. XIII.

caficultor, así como la del obrero agrícola, se debía a la baja rentabilidad de la industria en aquel entonces. Por esa razón, "...donde antes vivió la gente más feliz de Puerto Rico ahora vive tal vez la más desventurada." Hay que lograr entonces la rehabilitación de la industria y "...despertar la conciencia colectiva en defensa del cafetal..." para "...reconquistar lo perdido..." porque "el café es una defensa para la isla."²⁴

Las diferencias entre el cafetal que retrató Laguerre, en el 1941, y las descripciones que se hacían del mismo en la década anterior no son abismales. La manera como el autor trata el tema, lo que José Luis Méndez llama la "...mitología jibarista y socialdemócrata...", que refleja el trabajo de Laguerre coincide plenamente con el jíbaro "oficial" que el Partido Popular propone.²⁵ De ahí la difusión y el respaldo institucional que recibió la obra de este autor con relación a otras obras literarias sobre el café.

En la antología sobre el tema del café en la literatura, a la que ya se ha hecho referencia, aparece un interesante fragmento de *Solar Montoya*. La selección del mismo es representativa de cuáles fueron las ideas que le interesaba difundir al gobierno. El pasaje es uno de los más folkloristas y paisajistas de la novela, donde "...la pobreza iba amenazando la seguridad material de don Alonso..." pero todos trabajaban junto a él ya que "...sentíanse subyugados por su insobornable devoción al cafetal...", pues "...la cosecha es la esperanza de estos jíbaros que viven vida tan puertorriqueña en la Cordillera..."²⁶

El fragmento de la novela *La charca* que aparece en la selección es uno de los menos crudos del relato, pues se limita a describir la recolección del grano.²⁷ Lo mismo sucede, en términos generales, con todo lo que presenta la antología. Esto obedece a que la denuncia de las críticas condiciones en que habían vivido los habitantes de la zona cafetalera históricamente, no estaba entre los objetivos del compilador ni

²⁴ Laguerre, *op.cit.*, pp. 220-222, 153.

²⁵ José Luis Méndez, *Para una sociología de la literatura puertorriqueña*. Río Piedras, Editorial Edil, Inc., 1983, pp. 33-34.

²⁶ Alegría, *op. cit.*, pp. 49-52.

²⁷ *Ibid.*, pp. 15-16 y pp. 25-29.

de la institución que lo auspició. Lo realmente importante dentro del proyecto que se había puesto en marcha era ofrecerle al pueblo un pasado común, propio, rural, y casi idílico, ligado al mundo del cafetal. Para Alegría, "[p]ocos elementos de nuestra naturaleza puertorriqueña están identificados con nuestra vida como pueblo como los verdes cafetales..." porque al café "...está entrañablemente ligada la figura de nuestro campesino, el jíbaro, el representante auténtico del hombre puertorriqueño..."²⁸

Esta identificación de patria y café, jíbaro y café, y jíbaro y puertorriqueñidad, coincide perfectamente con la observación de Muñoz Marín en 1929 de que el café era la cosecha natural del agricultor independiente, del campesino y con la que se pretendía identificar al puertorriqueño en términos culturales.²⁹

Desde el poder se auspiciaron también proyectos académicos en el área de las ciencias sociales de los que no podía escapar el tema del café. Así encontramos "San José: Subcultures of a 'Traditional' Coffee Municipality" de Eric Wolf, que es uno de los estudios más importantes sobre caficultores en Puerto Rico y, aunque de forma distinta y objetivos diversos con relación a lo anterior, también se produjo al amparo del gobierno del Partido Popular.³⁰ Este ensayo formó parte del libro *The People of Puerto Rico; A Study of Social Anthropology* (1956), editado y dirigido por Julian H. Steward. El mismo coincidió con la Operación Manos a la Obra y con los proyectos de ingeniería social dirigidos a promover el cambio hacia una sociedad urbana e industrial. El propósito de abordar los problemas económicos y sociales de la isla a través de concepciones de cambio social y modernización, coincidía con las ideas y proyectos de los líderes universitarios y de administradores del

²⁸ *Ibid.*, p. 9.

²⁹ Luis Muñoz Marín, "The Sad Case of Puerto Rico", *The American Mercury*, vol. XVI, no. 62, February 1929, p. 139.

³⁰ Eric Wolf, "San Jose: Subcultures of a 'Traditional' Coffee Municipality", en Julian H. Steward, *et. al.*, *The People of Puerto Rico; A Study of Social Anthropology*. 2da ed., Illinois, University of Illinois Press, 1966.

gobierno del Partido Popular.³¹ De manera que el estudio, de algún modo, estuvo orientado a adquirir conocimientos que permitieran a los gobernantes tomar decisiones dirigidas al cambio social y de ahí su relación con lo "oficial".³²

En su artículo, Wolf examina el modo de vida de la gente que dependía de la producción del café en el interior del país que todavía para los años 40 representaba un por ciento respetable de la población y cuyo orden social se había arraigado en la zona central. Este autor elaboró su trabajo partiendo de un trasfondo histórico, lo que le permitió analizar el problema de la caficultura como un proceso. En tal sentido hizo su primera aportación al interpretar el 1898 como un momento transicional para la caficultura donde se experimentaron tanto cambios como continuidades. Wolf presenta el declive del café en los primeros lustros del siglo XX y el retorno a la primacía comercial del azúcar como algo gradual, ya que la industria cafetalera logró estabilizarse después del crítico impacto inicial provocado por la ocupación y el huracán San Ciriaco.³³ Esta interpretación es una novedosa y significativa para el momento en que escribe, ya que los académicos puertorriqueños todavía explicaban el cambio de soberanía como una ruptura total y traumática con todo lo anterior.³⁴

³¹ Francisco A. Scarano, "Las huellas esquivas de la memoria: Antropología e historia en Taso, trabajador de la caña" en Sidney W. Mintz, *Taso, trabajador de la caña*. Trad. de Ivette Torres Rivera, Ediciones Huracán, 1988, pp. 14-15; Rafael L. Ramírez, "Treinta años de antropología en Puerto Rico", *Revista Interamericana*, vol. VIII, núm. 1, primavera 1978, p. 37.

³² Ramírez, *ibid.*, p. 38.

³³ Wolf, *op. cit.*, pp. 197-198.

³⁴ Para una interpretación de las visiones del 98 en la historiografía puertorriqueña véase Laura Náter Vázquez, "El 98 en la historiografía puertorriqueña: del político entusiasta al héroe popular", *Op. Cit. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 4, 1988-1989, pp. 101-121; Gervasio L. García, "Puerto Rico en el 98: comentarios al informe Carroll" en Gervasio L. García, *Historia crítica, historia sin coartadas*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1985, pp. 119-133; Fernando Picó, "El impacto de la invasión americana en la zona cafetalera de

Más no por esto Wolf rompe realmente con el esquema conceptual del desarrollo de la historiografía de esos años. Por ejemplo, se puede establecer un paralelismo entre el esquema explicativo del desarrollo histórico de Puerto Rico que presenta Arturo Morales Carrión en *Ojeada al proceso histórico de Puerto Rico* (1950), con el que ofrece Wolf del desarrollo de la cañicultura.

Morales, siguiendo la periodización de Antonio S. Pedreira y Tomás Blanco, caracteriza el desarrollo histórico isleño como uno que atraviesa por tres fases o momentos: el primero, es uno de carácter formativo que va del siglo XVI al XVIII; el segundo, es cuando se perfila y afirma nuestra personalidad colectiva, en el exaltado siglo XIX; y el tercero, el "período traumático" que comenzó en el 1898 con el cambio de soberanía donde "vivimos el intento de tabula rasa".³⁵ Para luego mostrarse esperanzado con el "experimento histórico" del Partido Popular Democrático, en el momento de "oro del muñocismo".³⁶

En el caso particular del café, Wolf también se refiere a tres momentos en el desarrollo de la industria, lo que demuestra una concepción lineal del mismo que se asemeja a la periodización de Morales Carrión. Una primera etapa caracterizada por la subsistencia, la segunda por el gran apogeo productivo, y la tercera por el "declive de la industria" en el siglo XX.³⁷ Wolf al igual que Morales, demuestra una gran esperanza en el gobierno de Luis Muñoz Marín, especialmente cuando alude al tema de la reforma agraria.³⁸

Puerto Rico" en Blanca Silvestrini, ed., *Politics, Society and Culture in the Caribbean*. San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1983, pp. 131-144.

³⁵ Arturo Morales Carrión, *Ojeada al proceso histórico de Puerto Rico*. San Juan, Editorial Cordillera, Inc., 1974, pp. 185-186; María de los Angeles Castro Arroyo, "De Salvador Brau hasta la 'novísima' historia: un replanteamiento y una crítica", *Op. Cit., Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 4, 1988-1989, pp. 18-19 y 22-24.

³⁶ Morales Carrión, *op.cit.*, p. 15.

³⁷ Wolf, *op. cit.*, p. 172.

³⁸ *Ibid.*, pp. 250-251.

Por otro lado, Wolf también suscribe la conceptualización del *cafetal armónico*, vigente en la retórica institucional. Comparte con su compañero Sidney Mintz la idea de que la hacienda se caracterizó por relaciones de producción fundamentadas en el paternalismo.³⁹ Y este argumento minimizó las probabilidades de concebir un cafetal de profundos conflictos.

Aun así, la manera en que Wolf se acercó al tema, el manejo de fuentes primarias no utilizadas por los historiadores hasta ese momento -como los registros parroquiales y los documentos municipales-, así como sus objetivos y planteamientos representan una incalculable aportación al estudio de la caficultura en Puerto Rico. Este, al igual que los demás trabajos publicados en *The People of Puerto Rico*, aunque repercutió poco en la academia puertorriqueña de aquel entonces, llama la atención a la "nueva historia".⁴⁰

La desmistificación como proyecto historiográfico

En la década del 1960 las versiones institucionales, transmitidas sobre todo a través de la literatura, dominaban las interpretaciones sobre la sociedad cafetalera. La ausencia del tema en los estudios históricos de la generación del 40 facilitó la pervivencia de la idealización del cafetal. De modo que al entrar en escena la "nueva historia", con su propósito de romper con las interpretaciones de la llamada historia tradicional, los problemas de la industria cafetalera ocuparon un lugar de importancia en la agenda de los "nuevos" historiadores. Se impuso entonces un afán desmistificador que necesariamente atacó la idealización del cafetal, propia del discurso oficial.

De los historiadores que a partir de ese momento se dedicaron al estudio de la industria cafetalera decimonónica, Fernando Picó es el más destacado y el de más abundante

³⁹ *Ibid.*, pp. 172 y 235; Eric Wolf y Sidney Mintz, "Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas" en Enrique Florescano (ed.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. 3ra ed., México, Siglo Veintiuno Editores, 1979, pp. 506-507.

⁴⁰ Castro Arroyo, *op. cit.*, p. 39.

producción historiográfica. Este, junto a los demás integrantes de dicha corriente revisionista, se propuso rescatar del olvido a "los de abajo" y señalar las injusticias sociales a que fueron sometidos.

En *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX*, Picó estudia el proceso de formación de la masa trabajadora rural a mediados del siglo XIX, partiendo de la hipótesis de que fue el auge cafetalero el que aceleró el proceso de peonización del campesino utuadeño.⁴¹ Este planteamiento rebate la idea de que la ley de la libreta de 1849 había creado un mercado de trabajo libre, pues el autor establece los límites de su alcance real en un examen de las diversas formas de evasión y resistencia empleadas por los jíbaros ante aquel reglamento.

Por otro lado, logra probar que en la medida en que se desarrolló la producción cafetalera para la exportación, empeoraron las condiciones de vida de los jornaleros. De manera que "donde antes vivió la gente más feliz" de Laguerre, se retrata un cuadro de miseria y conflictos que dista mucho de ser idílico, cuando menos para los trabajadores del cafetal.

Este trabajo se ha considerado como uno de los más brillantes de Fernando Picó.⁴² Su visión integral hace de la obra, una de relevancia excepcional en los estudios de historia social en Puerto Rico. Por otro lado, sienta un precedente en la desmistificación y el "redescubrimiento" de la historia del cafetal.⁴³

Dos años más tarde, en 1981, Picó publica *Amargo café*.⁴⁴ En este segundo libro se dedica al estudio de los pequeños y

⁴¹ Fernando Picó, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX*. 3ra ed., Río Piedras, Ediciones Huracán, 1983. Se publicó por primera vez en 1979.

⁴² María Margarita Flores Collazo, "De la historia de las instituciones a las instituciones en la historia", *Op. Cit. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 4, 1988-1989, pp. 93-94.

⁴³ Gervasio García, "Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX: un libro pionero", en García, *op. cit.*, p. 97.

⁴⁴ Fernando Picó, *Amargo café (los pequeños y medianos caficultores de Utuado en la segunda mitad del siglo XIX)*. 2da ed., Río Piedras, Ediciones Huracán, 1985.

medianos caficultores, sector numéricamente preponderante en la ruralía cafetalera, pero desconocido por los estudios históricos hasta ese momento. La amargura de los campesinos caficultores de Picó, hipotéticamente consiste en que en la mayoría de los casos éstos no pudieron aprovechar "la coyuntura de los buenos tiempos del café a fines del siglo XIX" porque elementos como la mano de obra, el crédito, el acceso al procesamiento, el mercadeo y la posesión misma de la tierra no les fueron favorables.⁴⁵ Esto les llevaba a atravesar el trauma de la movilidad social, primordialmente descendente, o a estrechar lazos de dependencia con la hacienda que empeoraban sus condiciones de vida.

Lamentablemente el trabajo no le hace justicia a estas interesantes hipótesis. El libro resulta más en la exposición del contexto económico general en que ocurren estos fenómenos, que en la discusión de los mismos. En la segunda parte del texto, cuando se dispone a examinar los sinsabores de aquellos jíbaros, se limita a relatarnos las experiencias de varias familias de agricultores de café. La preeminencia de la exposición sobre el análisis en esta parte de la obra le resta efectividad al intento de refutar la idea del cafetal idílico, pues queda demasiado diluida la amargura del pequeño y mediano caficultor.

Entre las pocas obras que trabajan la sociedad cafetalera con enfoque histórico en el siglo XX, se puede contar otro libro del mismo autor: *Los gallos peleados*.⁴⁶ Este es un estudio de conducta social en el municipio de Utuado en el contexto de los cambios económicos experimentados por la caficultura en la primera mitad del presente siglo. Estos cambios provocaron el colapso de la agricultura para la exportación, marginando muchos sectores de la sociedad utuadeña de diversas maneras. Picó se ocupa de examinar las respuestas a esa marginación, por lo que alcohólicos, dementes, prostitutas, vagabundos, suicidas y criminales, aparecen por vez primera en nuestra historia. Sin embargo, al igual que en *Amargo café*, sorprende la ausencia de la visión integral lograda en *Libertad y servidumbre*.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 109.

⁴⁶ Fernando Picó, *Los gallos peleados*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1983.

La lectura de *Los gallos peleados* no deja lugar a dudas sobre lo injusto, problemático y conflictivo del pasado en la parte central del país. Pero el análisis se ve limitado por la falta de un esquema explicativo sólido y consistente, para la totalidad de las manifestaciones de marginación que discute. En consecuencia, no queda claro si el autor pretende demostrar que la intensificación de esa problemática social responde a la crisis por la que atraviesa la montaña utuadeña. De otro lado, hay que considerar que se pueden encontrar manifestaciones de marginalidad similares a las descritas por Picó en todos los tiempos y lugares.

En esta trilogía de libros sobre la caficultura puertorriqueña, a la que debe sumarse el registro de jornaleros de Utuado, el proyecto de Picó es evidente.⁴⁷ El interés por refutar las visiones idílicas del cafetal es el denominador común de toda esta producción historiográfica. Se embarca en el proyecto de reevaluar y criticar la idealización de la vida campesina, específicamente la del campesinado caficultor, en un esfuerzo por contribuir al mejor entendimiento de nuestro pasado.

El café en el desarrollo del capitalismo agrario

Otra de las grandes contribuciones al conocimiento de la caficultura puertorriqueña en el siglo pasado es el trabajo de Laird Bergad, *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth-Century Puerto Rico*.⁴⁸ El enfoque de Bergad es un tanto distinto al de Picó, porque se concentra fundamentalmente en los factores económicos. Se plantea la microhistoria como complemento del contexto económico más amplio, aunque no siempre consigue interrelacionar ambas esferas en sus explicaciones.

El autor se interesó en conocer qué papel desempeñó la caficultura en el desarrollo del capitalismo agrario en Puerto Rico. Con este objeto traza la trayectoria del crecimiento económico decimonónico para señalar que a partir de los

⁴⁷ Fernando Picó, *Registro general de jornaleros, Utuado, Puerto Rico (1845-50)*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1977.

⁴⁸ Bergad, *op. cit.*

tardíos 1870, el café se convirtió en el principal producto comercial hasta el cambio de siglo, y que antes de esa fecha en la estructura económica puertorriqueña coexistía la economía de mercado en el litoral del país junto a una de subsistencia en el interior. Arguye que esta situación empezó a cambiar desde mediados del siglo pasado cuando empresarios criollos e inmigrantes comenzaron a habitar la región central de la isla, evadiendo las presiones de tierra y trabajo que se generaban en las costas azucareras y así fue emergiendo una clase social dominante (interesadas en la agricultura y el comercio) en las montañas de Puerto Rico. Estas condiciones permitieron el despegue del café como producto comercial de primer orden.

Uno de sus planteamientos más interesantes estriba en puntualizar el hecho de que Puerto Rico comparte con otros países latinoamericanos un modelo económico dependiente desde el siglo XIX. Subraya que la economía isleña se había subordinado al monocultivo -primero del azúcar y luego del café-, y que además dependía de los mercados internacionales, de las fuentes de capital foráneo y de las decisiones políticas de la metrópoli. Este planteamiento lo utiliza además, para enmarcar los procesos económicos puertorriqueños en un contexto latinoamericano, aunque esto se haga exclusivamente en las conclusiones del trabajo y no en el transcurso de la exposición.

Por otro lado, es objetable que, dada la naturaleza del enfoque que pretende presentar, Bergad eludiera las discusiones de los factores políticos en su análisis. Es muy difícil explicar cabalmente la dependencia tomando en consideración únicamente elementos económicos.

Los cafetales lareños y yaucanos historiados por Bergad estaban habitados por hacendados, campesinos, agregados y trabajadores agrícolas. Sin embargo, su enfoque es tan econométrico que a toda esta gente le falta humanidad. Contrasta en tal sentido con Picó, quien nunca pierde de vista que la historia es la historia de la gente.

Los señores del cafetal

Al igual que Bergad, Carlos Buitrago, en su libro *Haciendas cafetaleras y clases terratenientes en el Puerto Rico decimonónico*, enmarca su análisis en el desarrollo comercial del café, partiendo de la premisa de que las

...transformaciones a nivel internacional promueven las locales, cambian las concepciones en torno a la noción de propiedad; el régimen colonial y los detentadores de los medios de producción gradualmente enfocan sus miras productivas y comerciales hacia el mundo exterior.

Con este planteamiento pretende sustentar sus hipótesis con respecto a la formación "de una clase de terratenientes" en el centro del país.⁴⁹

El estudio de Buitrago no deja lugar a dudas con respecto a la fuerza económica y social de los terratenientes que estudia. Mas la desorganización del trabajo le resta fuerza a la argumentación. La familia Pietri-Mariani es la protagonista de esta historia, pero el autor olvida informar sobre sus relaciones de parentesco o describir el tipo de empresa que poseían. Esta información básica queda a merced de que el lector interesado consulte el artículo de Vivian Carro sobre la Hacienda Pietri donde se exponen estas consideraciones.⁵⁰

Buitrago además, utiliza una terminología que no siempre comunica efectivamente su conceptualización. Por ejemplo, en un sinnúmero de ocasiones se refiere a las relaciones patrón-cliente, partiendo del supuesto de que el lector debe conocer las implicaciones sociales y económicas del término, pues en

⁴⁹ Carlos Buitrago, *Haciendas cafetaleras y clases terratenientes en el Puerto Rico decimonónico*. Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1982, p. 8.

⁵⁰ Vivian Carro Figueroa, "Descripción del proceso de adquisición de tierra de la familia Pietri de Adjuntas, 1858-1898", *Anales de Investigación Histórica*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, Departamento de Historia, s.n., s.f., pp. 1-111.

ningún momento se ocupa de definirlo y ni siquiera se infiere fácilmente de la exposición.

Uno de los aspectos más interesantes de la obra es que trae a colación el papel del Estado como aliado de los poderosos a través de sus representantes. En este caso en la figura de César Guillerna, el ingeniero jefe de montes, encargado del deslinde de las tierras, y favorecedor incondicional de los intereses de los más grandes terratenientes identificados por el autor.⁵¹

En fin, el libro resulta en una explicación interesante sobre el desarrollo de la propiedad privada y la concentración de la tierra en manos de los hacendados. Asimismo aclara el proceso de consolidación del dominio hacendado en el quehacer económico y social de la montaña.

Un trabajo que complementa en gran medida el de Carlos Buitrago es el libro *Castañer: una hacienda cafetalera en Puerto Rico (1868-1930)*, de Luis E. Díaz.⁵² A pesar de que los objetivos de Díaz no son tan abarcadores como los de Buitrago, en la exposición del primero queda mucho más clara la trayectoria de los procesos que caracterizaron la industria cafetalera.

Díaz se propone estudiar la dinámica económica y social de la sociedad cafetalera puertorriqueña partiendo del caso particular de la familia Castañer. Estos inmigrantes mayorquines se convirtieron en importantes hacendados y comerciantes en Yauco, Lares y Adjuntas, gracias a sus ejecutorias económicas.

El autor de *Castañer...* parte de la hipótesis de que la llegada de los inmigrantes imparte un nuevo giro a las economías rurales del interior del país, fundando grandes haciendas y dominando a la larga la vida económica de la región.⁵³ Para sustentar este planteamiento el autor estudia la trayectoria económica de los hermanos Juan y Antonio Castañer, desde el momento en que el primero llega a Puerto Rico a contratarse como mozo de una hacienda hasta que ambos regresan a Mallorca, dejando una casa comercial en Yauco y una hacienda

⁵¹ *Ibid.*, pp. 41-60.

⁵² Luis Edgardo Díaz, *Castañer una hacienda cafetalera en Puerto Rico (1868-1930)*. Río Piedras, Editorial Edil, Inc., 1983.

⁵³ *Ibid.*, p. 18

cafetalera de dos mil cuerdas de terreno en manos de descendientes y parientes.

Díaz también se preocupó por detectar cómo los procesos políticos incidían sobre los económicos y por identificar ideológica y políticamente a los inmigrantes que le ocupan. Mas es lamentable que no le dedicara más espacio a este tipo de discusión.⁵⁴

Por otro lado, es pertinente señalar que éste es el único de los autores estudiados que se propuso un proyecto investigativo que persiguiera la trayectoria de los procesos de la caficultura hasta el siglo XX. Sin embargo, este propósito se reduce a unas pocas alusiones.

Otro de los historiadores puertorriqueños que ha dedicado algunos de sus esfuerzos a historiar la caficultura es Guillermo Baralt. Pero parte de unos objetivos aún más específicos. Su trabajo *Yauco o las minas cafetaleras (1756-1898)*, se limita a examinar los factores que permitieron el auge cafetalero puertorriqueño del último tercio del siglo XIX, para evaluar el impacto de cada uno de ellos en el extraordinario desarrollo comercial del café en aquel momento.⁵⁵

Las variables que Baralt considera al explicar la "época de oro" son: la disponibilidad de tierras fértiles y vírgenes, los inmigrantes, la mano de obra, los precios, los hacendados-comerciantes, las casas de comercio y la refacción. Sin embargo, al momento de establecer la relación de causalidad para explicar el éxito del café puertorriqueño, o más específicamente del café "Yauco", el autor concluye que la "fórmula del triunfo" fue la calidad. Esta explicación soslaya los factores que en primer lugar, estimularon la producción, y en segundo lugar, permitieron la elaboración de un grano de gran calidad que compitiera favorablemente en los mercados internacionales. El capital invertido, los buenos precios, las relaciones crediticias, en fin, todo queda subordinado a lo que en realidad es sólo la consecuencia final: un grano de calidad. Es válido adjudicar primordial importancia a la calidad del producto a la hora de

⁵⁴ Como ejemplo de esto se pueden consultar las páginas 123-125.

⁵⁵ Guillermo Baralt, *Yauco o las minas cafetaleras (1756-1898)*. San Juan, s.e., 1984, p. 11.

explicar los factores que permitieron al café puertorriqueño insertarse en el comercio mundial. Sin embargo, Baralt únicamente persigue explicar el auge cafetalero en el contexto insular.

En resumen, el conjunto de obras historiográficas recientes sobre la industria cafetalera puertorriqueña del siglo XIX devela una sociedad conflictiva, de marcadas desigualdades sociales. Esta visión contrasta con las interpretaciones nostálgicas del cafetal decimonónico, que fueron tomando forma durante las primeras décadas del siglo XX, hasta institucionalizarse con la entronización en el poder del Partido Popular. En este contexto la "nueva historia" pone en perspectiva la complejidad inherente a las sociedades de clases, específicamente la de la montaña puertorriqueña. Inicia así, la desmistificación del cafetal armonioso dibujado en las interpretaciones oficiales.

Para recrear un "nuevo" cafetal

Como hemos visto, los diversos sectores sociales ligados a la producción cafetalera han sido objeto de estudio de los distintos autores incluidos en este trabajo. Sin embargo, algunos de esos sectores han recibido mayor atención que otros. Los hacendados han ejercido una *fascinación especial, al igual que los trabajadores*, no obstante, nuestros conocimientos sobre el papel que desempeñaron los pequeños y medianos productores, son muy escuetos en comparación con la información que manejamos sobre los demás. De manera que, en términos generales, desconocemos cómo fue la vida de los que estaban entre el hacendado y el jíbaro recolector.

Las mujeres y los niños brillan por su ausencia en la literatura histórica del café en Puerto Rico. Sin embargo, en los cafetales que no se cuente con el trabajo de éstos, gran parte del fruto quedará sin recolectarse.

Por otra parte, los factores políticos han quedado al margen de la discusión. La desvinculación de la esfera política reina en casi todos los trabajos. Esto, entre otras cosas, no ha permitido interpretaciones exitosas sobre la ideología dominante entre los

sectores cafetaleros, a excepción de los más recientes intentos en esa dirección de Astrid Cubano.⁵⁶

Propongo entonces, la necesidad de plantearnos la historia de la caficultura en Puerto Rico, desde una perspectiva social más totalizante. Esto es, que logre integrar y presentar los diversos sectores sociales y económicos que interactúan en el cafetal.

Por otra parte hay que trascender el siglo XIX y comenzar a estudiar el XX. Para ello contamos con fuentes muy valiosas como los censos realizados por el gobierno norteamericano que nos permiten conocer, entre otras cosas, los cambios que se operan en la estructura de la propiedad agrícola dedicada al café. Asimismo existen colecciones bastante completas de diversas revistas de agricultura a través de las cuales se podría detectar la posición de los cosecheros ante los distintos problemas que confrontan, los issues del país y la política local. Además, las publicaciones e informes de agencias de los gobiernos local y metropolitano pueden ofrecer la óptica estatal, así como los proyectos que se intentan implantar.

Los ejemplos anteriores son sólo una muestra de las posibilidades documentales para el estudio de la caficultura. Falta acometer la tarea, aquilatando las aportaciones de la literatura historiográfica que nos precede, pero intentando superar sus limitaciones.

⁵⁶ Astrid Cubano, "Paz pública y propiedad territorial: la discusión sobre política agraria en Puerto Rico, 1880-1889", *Op. Cit. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 5, 1990, pp. 11-36; Astrid Cubano, *El hilo en el laberinto: claves de la lucha política en Puerto Rico (siglo XIX)*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1990.